

mismo las dirigia, mucho mas en una accion en que comprometia su porvenir y aun su misma existencia. La medida de reconcentrar las fuerzas de los fortines, dejando enteramente cortados é incomunicados á los españoles que defendian la hacienda de Dolores, es de aquellas disposiciones que no se meditan cuando se ordenan, y en que ya no se obra con conocimiento de causa, sino solo apremiado por las circunstancias del momento.

Grande fué el número de muertos habidos en esta accion; pero mucho mayor fué sin disputa el que tuvieron los independientes, que atacaban á pecho descubierto; pero no se sabe el número positivo de unos y otros.

CAPITULO XXVII.

GOBIERNO COLONIAL.

(CONTINUACION.)

SUMARIO.

1. PROVIDENCIAS DEL SR. HIDALGO.—2. SAQUEO.—3. DIANAS.—EL CUARTEL DEL PRÍNCIPE.—4. FELICITACIONES.—5. BANDO.—6. EL SR. ALAMAN.—7. HUMANIDAD DEL SR. HIDALGO.—8. COMUNICACION AL AYUNTAMIENTO. NOMBRA AUTORIDAD MILITAR Á PEREZ MARAÑON, PERO NO ACEPTA.—9. CONVOCA AL AYUNTAMIENTO.—10. EL CURA LABARRIETA. ENERGÍA DEL SR. HIDALGO.—11. ARREGLO DE SUS FUERZAS.—12. FÁBRICA DE FUNDICION.—13. CASA DE MONEDA.—14. MAGNANIMIDAD DEL SR. HIDALGO.—15. SALE EL SR. HIDALGO PARA VALENCIANA.—OBSERVACIONES

1. Hemos dejado al Sr. Hidalgo en el capítulo anterior dictando las mas severas órdenes en el castillo de Granaditas ó Alhóndiga, para suspender y contener los excesos de un ejército triunfante despues del terrible combate que habia sostenido por espacio de seis horas. Una vez hechos prisioneros los realistas que quedaron y conducidos á la cárcel, recogidos los heridos y muertos, dispuso el Sr. Hidalgo que las fuerzas que tenia organizadas se acuartelasen en el cuartel del Príncipe; pero estas tristes escenas no solo en la Alhóndiga tenían lugar, sino en la mayor parte de la ciudad y en las casas de los españoles.

2. El pueblo de Guanajuato, unido á la indiada del Sr. Hidalgo, atacaba las tiendas y casas de los europeos, y guiada ésta por aquellos que conocian perfectamente las casas y establecimientos de todos los españoles con quienes tenían agravios ú ofensas que vengar, la mayor parte de estas fueron robadas, arrojando á la calle

y despedazando lo que no podían llevarse con comodidad. Espantoso era el espectáculo que presentaba en esos momentos aquella capital, contribuyendo á hacer más fatídico y siniestro este cuadro, las densas sombras de la noche. Veíanse á hombres, mujeres y niños correr con teas en las manos, de unos puntos á otros, unos atacando las casas, otros huyendo para salvarse; los gritos, las amenazas, las súplicas, las imprecaciones, los lamentos, los vivas y los mueras, produjeron una confusión y desorden indescribibles.

3. La luz del nuevo día, 29 de Setiembre, sorprendió á vencidos y vencedores; la noche había sido horrible; la mayor parte de las familias se hallaban dispersas, é ignoraban si muchos de los que á ellas pertenecían y faltaban, habían perecido; pero en medio de tan horrible caos, y al rayar la aurora de este día, escucháronse alegres dianas y entusiastas vivas: observóse también en el cuartel del Príncipe un movimiento inusitado á tales horas; aquellas dianas, aquellos vivas y movimiento eran de las fuerzas independientes, que vitoreaban y saludaban á su caudillo; era el 29 de Setiembre, era el día del santo de su general.

4. Desde muy temprano, muchos particulares comenzaron á concurrir al cuartel del Príncipe, con el objeto de felicitar al Sr. Hidalgo, que ocupado toda la noche y la mañana en dictar toda clase de disposiciones para contener los desórdenes, casi no podía atender á los que iban á cumplimentarlo. Las órdenes que daba eran verbales ó manuscritas, que no podían circular ni ser conocidas por todos los habitantes como con un bando, porque en aquellos momentos era imposible conseguir quien lo imprimiese; así es que todavía en este día (sábado) siguió el desorden.

5. Al siguiente día, 30, ya se fijó uno impreso, en todos los parajes de la ciudad. En él se imponían las penas más severas á todos los que siguiesen cometiendo desórdenes, previniendo que se entregasen en aquel cuartel todos los efectos y objetos pertenecientes á las casas robadas, y otra multitud de disposiciones referentes á restablecer el orden y seguridad en la población. No me ha sido posible ver este bando, que por ser el primero publicado por el Sr. Hidalgo, es de un verdadero interés histórico; pero lo insertaré en el momento que logre conseguirlo.

6. Una de las personas que en aquel momento recibió del Sr. Hidalgo no solamente toda clase de distinciones, sino que le dió cuan-

tas garantías y seguridad pudo para su familia é intereses, aun la de salir el mismo Sr. Hidalgo con el objeto de defender su casa, fué la del Sr. Alaman; pero dejaré á dicho señor el relato de este suceso, que copio de su *Historia*, tomo I, página 438. Dice así:

“Una de las (casas) que se hallaban amenazadas de este riesgo era la de mi familia, en cuyos bajos estaba la tienda de un español muerto en la noria de Dolores, llamado D. José Posadas; que aunque había sido ya saqueada, un cargador, de la confianza de Posadas, dió aviso de que en un patio interior había una bodega con efectos y dinero que él mismo había metido. Muy difícil fué contener á la plebe, que por el entresuelo había penetrado hasta el descanso de la escalera, corriendo yo mismo no poco peligro, por haberme creído europeo. En este conflicto, mi madre resolvió ir á ver al cura Hidalgo, con quien tenía antiguas relaciones de amistad, y yo la acompañé. Grande era, para una persona decentemente vestida, el riesgo de atravesar las calles por entre una muchedumbre ebria de furor y licores; llegamos, sin embargo, sin accidente, hasta el cuartel del Príncipe, en el que, como antes se dijo, estaba alojado Hidalgo. Encontramos á éste en una pieza llena de gente de todas clases; había en un rincón una porción considerable de barras de plata, recogidas de la Alhóndiga y manchadas todavía con sangre; en otro, una cantidad de lanzas, y arrimado á la pared, y suspendido de una de éstas, el cuadro con la imagen de Guadalupe, que servía de enseña á la empresa. El cura estaba sentado en un catre de camino, con una mesa pequeña delante, con un traje ordinario, y sobre la chaqueta un tahalí morado, que parecía ser algún pedazo de estola de aquel color. Recibíonos con agrado, aseguró á mi madre de su antigua amistad, é impuesto de lo que se temía en la casa, nos dió una escolta, mandada por un arriero vecino del rancho del Camalote, inmediato á Salvatierra, llamado Ignacio Centeno, á quien había hecho capitán, y al cual dió orden de defender mi casa y custodiar los efectos de Posadas, haciéndolos llevar cuando se pudiese al alojamiento de Hidalgo, pues los destinaba para gastos de su ejército. Centeno, teniendo por imposible contener el tumulto, que iba en aumento, pues se reunía á cada instante más y más gente empeñada en entrar á saquear, dió aviso con uno de sus soldados á Hidalgo, el cual creyó necesaria su presencia para con-

tener el desorden que no habia bastado á refrenar el bando publicado, y se dirigió á la plaza á caballo, donde su casa estaba, acompañado de los demás generales. Llevaba al frente el cuadro de la imagen de Guadalupe, con un indio á pié que tocaba un tambor: seguian porcion de hombres del campo á caballo, con algunos dragones de la Reina en dos líneas, y precedia esta especie de procesion el cura con los generales, vestidos estos con chaquetas, como usaban en las poblaciones pequeñas los oficiales de los cuerpos de milicias, y en lugar de las divisas de los empleos que tenian en el regimiento de la Reina, se habian puesto en las presillas de las charreteras unos cordones de plata con borlas, como sin duda habia visto en algunas estampas que usan los edecanes de los generales franceses; todos llevaban en el sombrero la estampa de la Virgen de Guadalupe. Llegada la comitiva al paraje donde estaba el mayor peloton de plebe, delante de la tienda de Posadas, se le dió orden al pueblo para que se retirase, y no obedeciéndola, Allende quiso apartarla de las puertas de la tienda, metiéndose entre la muchedumbre: el enlosado de la acera forma allí un declive bastante pendiente y cubierto entónces con todo género de suciedades estaba muy resbaladizo. Allende cayó con el caballo, y haciendo que éste se levantase, lleno de ira sacó la espada y empezó á dar con ella sobre la plebe, que huyó despavorida, habiendo quedado un hombre gravemente herido. Siguió Hidalgo recorriendo la plaza, y mandó hacer fuego sobre los que estaban arrancando los balcones de las casas, con lo que la multitud se fué disipando, quedando por algun tiempo grandes grupos, en los que se vendian á vil precio los efectos sacados en el botín.”

7. El Sr. Hidalgo, ántes de atender á regularizar la administracion, dedicó toda su atencion á proporcionar á los prisioneros, y principalmente á los heridos, toda clase de recursos, informándose él personalmente de todo lo que pudiesen necesitar, y disponiendo que de todo se les proveyese en abundancia, no obstante de que unas señoras verdaderamente notables por su caridad, y que son acreedoras á que su nombre se conserve en la historia, D^a Josefa y D^a Francisca Irizar, se habian dedicado exclusivamente á proporcionar á los que sufrían, toda clase de auxilios.

8. Una vez arreglado por el Sr. Hidalgo este punto, que habla muy alto en favor de su conducta, dedicóse á uniformar la administra-

cion. Siguiendo estrictamente su sistema, como profundo conocedor de la respetable autoridad de los municipios, dirigió una comunicacion á esta corporacion, en que le pedia nombrase alcaldes, porque los que existian habian desaparecido: ésta nombró á los Sres. D. José Miguel Llorente y D. José María Chico para alcaldes. Como tampoco habia autoridad político-militar, á consecuencia de la muerte del intendente, nombró el Sr. Hidalgo para este empleo al Lic. D. Fernando Perez Marañón, que siendo persona muy apreciada por todos aquellos habitantes, no obstante que era acérrimo partidario de los españoles, no vaciló el Sr. Hidalgo en dirigirle el nombramiento; pero Marañón, con razones mas ó menos especiosas, se excusó, renunciando el empleo. Habiendo mandado reunir el Ayuntamiento, se presentó el Sr. Hidalgo acompañado de sus generales, manifestándole que habia sido nombrado capitán general por todo su ejército en los campos de Celaya. Accediendo á las súplicas de varias personas, el Sr. Hidalgo dispuso poner en libertad, pero vigilados, á todos los prisioneros, lo que luego se efectuó; todos los mexicanos quedaron libres, á escepcion del sargento Garrido, á quien decia el Sr. Hidalgo le reservaba un severo castigo; pero al fin nada le hizo.

9. A los dos ó tres dias cambió de alojamiento pasando á la casa de D. Bernardo Chico. Convocó allí una nueva reunion del Ayuntamiento, autoridades y vecinos principales, con el objeto de arreglar la administracion y gobierno de la provincia y el de establecer una casa de moneda. Habiendo concurrido todos los citados, les manifestó el objeto de su empresa y lo que esperaba de sus habitantes en ayuda de causa tan justa. Volvió á insistir en que Marañón se hiciese cargo de la intendencia, pero éste no accedió; trató de nombrar algunos regidores para otros empleos, pero estos se rehusaron, lo que disgustó mucho al Sr. Hidalgo, y fué causa para que les dirigiese la palabra, diciéndoles: que aquella negativa no podia tener otro motivo más que el de no confiar en el buen éxito de la empresa que él patrocinaba, ó el de una indiferencia ó mas bien desprecio de ella, y que se veria obligado á castigar severamente.

10. El cura Labarrieta y algunas otras personas le manifestaron: que no podian conciliar las ideas y planes que sobre *independencia* les habia hecho conocer, con el juramento de fidelidad que habian prestado á la Metrópoli, y que esta era realmente la gran dificultad con

que tropezaban para obsequiar sus deseos. Mucho disgustó esta contestacion al Sr. Hidalgo, y á lo que replicó de una manera enérgica y violenta, diciéndoles que no estaban obligados á guardar aquel juramento, que Fernando VII era un ente que ya no existia, que ni aun por conversacion se volvieran á verter aquellas ideas que podrian ser muy perjudiciales. Acto continuo nombró para intendente de aquella provincia á D. José Francisco Gomez, que entonces era administrador de tabacos, y mas ántes pertenecia, como ayudante mayor, al cuerpo provincial de Valladolid.

11. Aunque constantemente ocupado en regularizar el gobierno, no por esto desatendia á sus fuerzas; dispuso que los tres escuadrones pertenecientes al regimiento del Príncipe, y que no pudieron llegar oportunamente al llamado del intendente para defender la plaza, se uniesen á sus fuerzas. Levantó dos cuerpos de tropas; uno formado en Valenciana, cuyo mando dió á D. Casimiro Chovell, nombrándolo su coronel; el otro lo formó en la ciudad, dándole por su coronel á D. Bernardo Chico, hijo de un europeo. Al Lic. D. Carlos Montes de Oca lo hizo brigadier, nombrándolo asesor, y á uno de los hijos de D. Bernardo, el Lic. D. José María, lo nombró secretario.

No teniendo el armamento necesario para sus fuerzas, dispuso que se aprovecharan los botes que servian para el azogue, convirtiéndolos en fusiles y sujetándolos á una especie de mango ó culata de madera, medida que no fué de mucha utilidad.

12. Asimismo arregló y puso en corriente una fábrica para fundir cañones, la que luego comenzó á dar sus resultados, fundiendo cañones de varios calibres, aunque imperfectos; entre estos hubo uno que fué notable por su tamaño, y se le dió el nombre de "Defensor de América;" todas estas operaciones él mismo las dirigia. Nombró para director de la fundicion á D. Rafael Dávalos, alumno del Colegio de Minería, y que se encontraba allí porque estaba haciendo su práctica en la mina de Valenciana, habiendo hecho mas nombramientos en otros alumnos que hacian su práctica. Uno de estos fué D. Mariano Jimenez, á quien hizo coronel, y que acompañó al Sr. Hidalgo en todas sus expediciones.

13. Infatigable para todo aquello que fuese útil á su país y al buen resultado de su causa, dispuso la construccion de una casa de moneda, medida altamente política y sumamente benéfica para todas las provincias internas, porque habiendo acuñacion, se pondrian en

circulacion las grandes barras que habia en plata pasta, y las mas que siguiesen produciendo las minas. Despues de haber meditado con detenimiento el modo y término de proceder á la construccion de la casa de moneda, designó el local para establecerla, en la hacienda de beneficio de San Pedro, de la propiedad de D. Joaquin Pelaez.

Entre las personas que habia puesto en libertad el Sr. Hidalgo, habia unas inteligentes en el arte de la amonedacion, á las que se unió un jóven muy hábil en cosas de herrería, y que fué encargado de abrir los troqueles en acero. A estos encargó el Sr. Hidalgo la direccion del establecimiento, habiendo sido tan acertado su nombramiento, que ántes de dos meses la casa se hallaba en servicio. Pero si fué sorprendente la actividad empleada en aquella construccion, aun mas admiró la perfeccion de las piezas y monedas que se acuñaban, al grado de calificarse por los inteligentes de superiores á las que se amonedaban en la capital de la Nueva-España. El Sr. Alaman sobre esto dice en el tomo I, pag. 449: "Mucho honor hace á los artesanos de Guanajuato la prontitud y habilidad con que montaron este establecimiento, que en poco mas de dos meses estaba á punto de comenzar á trabajar, siendo las máquinas que se construyeron segun las estampas de un diccionario de artes, mas perfectas y mejor ejecutadas que las de las casas de moneda de México."

14. No obstante la multitud de gravísimas ocupaciones que incesantemente rodeaban á todas horas del dia al Sr. Hidalgo, nada olvidaba, á todo atendia; así, vemos que á la señora esposa del Sr. Riaño le entregó todo lo que se salvó en la Alhóndiga y que era del intendente, y á mas le mandó para que atendiese á sus necesidades y á las de su hijo D. Gil, que se hallaba gravemente herido, recursos suficientes para que de nada careciesen, proponiéndole á éste un alto empleo en su ejército, si se le queria reunir, lo que rehusó D. Gil de una manera comedida y digna, habiendo sucumbido unos dias despues. Restablecido ya el orden, funcionando en sus puestos las nuevas autoridades, la animacion y movimiento en los habitantes, todo indicaba que la tranquilidad volvia á aquellos laboriosos ciudadanos.

El 2 de Octubre volvieron sus habitantes á entrar en agitacion. En ese mismo dia por la tarde se hizo correr la voz de que el briga-

dier Calleja se aproximaria aquella noche á la plaza de Guanajuato. Esto, como era natural, produjo un terror pánico y un trastorno general en sus moradores, porque creyeron se iban á repetir los sangrientos cuadros de que habian sido espectadores cuatro ó cinco dias antes; así es que las mismas carreras, la misma agitacion é incertidumbre se notaba en esos momentos. Aun mas aumentó su sorpresa, cuando vieron que del cuartel general en donde se hallaba el Sr. Hidalgo, salian órdenes violentas para aprestar su ejército á un nuevo combate, y que dispuso se iluminase la ciudad lo mas que se pudiera, para evitar la confusion y desórden que debia resultar de batirse en las calles en medio de la oscuridad.

Despues de las nueve de la noche, y tomadas todas las providencias que creyó oportunas, el Sr. Hidalgo se puso al frente de una parte de su fuerza, y á esa hora marchó, tomando la direccion de Valenciana, para bñtir al enemigo, porque se decia que en aquellos momentos habia llegado Calleja y acampado en aquel punto. Habiéndose cerciorado de que no existia ningun enemigo en Valenciana, volvió en el peso de la noche á Guanajuato; pero dispuso que al amanecer saliese una fuerza á situarse de observacion en la Sierra, saliendo él momentos despues con la caballería, llegando hasta la hacienda de la "Quemada;" y tomando allí nuevos informes, se convenció de que Calleja no habia intentado nada hasta aquel momento sobre la plaza de Guanajuato. Sin embargo, con el objeto de poner á la plaza y su ejército al abrigo de cualquiera sorpresa del enemigo, mandó que una gran parte de la fuerza siguiese recorriendo, á las órdenes de D. Juan Aldama, todos los pueblos situados en la falda de la Sierra, desde San Felipe, pasando por San Miguel, tanto para que observase los movimientos de Calleja, como para reunir de los pueblos por donde transitase, mayor número de hombres, y con los que se unió al fin con el Sr. Hidalgo, pasando por Celaya y Chamacuero, volviéndose él á Guanajuato con su fuerza.

Preocupado seriamente por los movimientos y actitud que tomase Calleja respecto de él, dictó todas las medidas que creyó prudentes, para estar al tanto de todos los pasos de su enemigo. Pero dejáremos por un momento al Sr. Hidalgo en Guanajuato para dar conocimiento al lector de las providencias nuevas que habia tomado el Virey, y de los preparativos que hacia Calleja para salirle al encuentro, cuya narracion será objeto del próximo capítulo.

OBSERVACIONES.

Muy graves son los cargos que la mayor parte de nuestros historiadores, hacen al Sr. Hidalgo por los excesos que á la hora del triunfo y despues de él se cometieron en la plaza de Guanajuato, atribuyéndolos á este caudillo como su único autor. Responsabilidades y cargos que es altamente injusto hacer, porque ellos revelan el poco conocimiento, ningun criterio, y suma ligereza de los que los hacen por el modo de apreciar y juzgar tales sucesos. Para fallar de una manera tan magistral, y pretender manchar la memoria de un ilustre caudillo, ¿han entrado acaso en un concienzudo exámen de los hechos, de la posicion en que se encontraba su jefe, de las circunstancias que lo rodeaban y de las consecuencias funestas que siempre trae consigo el tomarse una plaza por asalto, á sangre y fuego. Pues aun tomadas todas estas razones en consideracion, y hecho un juicio imparcial, aplicando las mas severas reglas de la crítica para juzgar estos sucesos, aun no se puede deducir (repito) con buen criterio que en las lamentables consecuencias que se siguen de tomar una plaza ó fortaleza por asalto, sea el único responsable directo de ellas el jefe del ejército asaltante. Este es un absurdo monstruoso, una paradoja inadmisible que la rechaza aun el sentido comun mas vulgar. Téngase muy presente que aquí hablo en general de un ejército disciplinado, de una fuerza regularizada y en un todo, sujeta á las estrictas leyes de la severa ordenanza militar, y sin embargo, al jefe de un ejército dotado con estas circunstancias, nunca se ha hecho pesar sobre él, todos los desafueros y excesos que pueda cometer la tropa á la hora de asaltar una fortaleza. Multitud de hechos de esta clase, podria presentar al lector en comprobacion de las ideas que acabo de emitir sobre este particular, pero solo me concretaré á uno. Escuchemos lo que dice el gran historiador del siglo, el célebre César Cantú en su Historia Universal tomo 3 página 633, hablando del sitio y asalto de Jerusalem por los cruzados, (advirtiendo de paso, que este ejército fué mandado por los mas ilustres capitanes de aquel siglo, porque en el ejército del Norte estaba á su cabeza el gran Godofredo de Bullon, en el del centro Hugo de Vermandois, hermano del rey de Francia y los celebrados Estéban de Blois y de Chartres y de Norberto de Norman-

dia, hijo de Guillermo el Conquistador; y el tercer cuerpo del ejército, era mandado por Raimundo conde de Tolosa y por Ademaro, buen guerrero, obispo de Puy y legado pontificio), dice así: "Inmediatamente empezó el asedio, contando los sitiadores entre todos veinte mil infantes y mil quinientos caballos, mientras que Jerusalem estaba defendida por setenta mil guerreros, á las órdenes del Emir Iftikar, en nombre del califa fatimita de Egipto" y mas adelante dice: "Habiéndose dado entonces el asalto general, fué tomada Jerusalem un viernes á las tres de la tarde, hora en que Cristo habia espirado. Viéronse entonces todos los horrores propios de una ciudad ganada por asalto; setenta mil entre judíos y Musulmanes, fueron degollados, tanto que los cristianos *camaban con la sangre hasta el tobillo*; pero apenas llegaban aquellos furiosos al Santo Sepulcro, se les caian las armas de las manos, y postrados en tierra, se golpeaban el pecho, derramando lágrimas de ternura y arrepentimiento. *Todo el que habia colocado una cruz, una bandera, un escudo ú otro signo en un palacio ó en una torre, era considerado como dueño de aquel edificio, y nadie se hubiera atrevido á tocarlos mientras que lo demas era entrado á saco; las riquezas fueron repartidas, reservándose una gran porcion á los pobres, huérfanos, á las iglesias, etc.*" Por la relacion de este suceso se ve que no obstante la pericia y habilidad de sus jefes y la disciplina de sus ejércitos, no pudieron evitar los inauditos excesos y desórdenes que cometieron sus fuerzas al tomar por asalto á Jerusalem. Interminable me haria si tratase de presentar todos los hechos históricos, que confirman lo que llevo dicho, y que se pueden consultar en cualquiera historia universal.

No encuentro, pues, otra razon en los historiadores mexicanos, que así se expresan del caudillo de la independencia cuando con tanta torpeza lo acriminan, haciéndolo responsable de todo, mas que el de ser estos enemigos de aquella.

Se me podria objetar por alguno, que la toma de Jerusalem, no puede servir de punto de comparacion entre uno y otro acontecimiento, porque el lapso de tiempo trascurrido es de mas de siete siglos, y que el progreso y adelanto que se han hecho en setecientos años, hace inadmisibile todo punto de comparacion entre aquella y esta fecha. Cierto es que son muy distintas las épocas, que los avances que ha hecho el progreso, en todos los ramos del saber

humano, son extraordinarios, pero tambien se me concederá, porque no es ménos cierto, que la idea de lo justo y de lo injusto, los sentimientos de humanidad, y el precepto de respetar lo ajeno, se han conservado y se conservarán (al través de los tiempos y por mientras dure la humanidad) en todo su brillante esplendor, no obstante los violentos y rudos ataques que en todos los siglos se han dirigido contra ellos, tomando no escaso parte en estos, el nuestro tan pomposamente llamado el de las "luces".

Fácil me es probar lo que acabo de decir, llamaria la historia es mi apoyo, ella se encargará de defenderme presentando á mis lectores dos casos: el primero, de la misma época del Sr. Hidalgo, la invasion de los franceses en España; el segundo, hace diez años la revolucion de los Estados Unidos siendo de advertir que de el primero su origen es injustificable; no así del segundo que tuvo por objeto manumitir á millones de esclavos." El célebre historiador español D. Modesto Lafuente, hablando de la violenta retirada del general Blake, dice en la nota del tomo 24 pág. 45.

"En uno de los pasos alcanzaron todavía las tropas del general Lefebvre á los enfermos y heridos, condujéronse cruel é inhumanamente con estos últimos: entre ellos fué sacrificado el general Acevedo á quien desapiadamente traspasaron á estocadas, sin que alcanzaran á conmoverlos las sentidas súplicas de su ayudante D. Rafael del Riego, el mismo que despues fué tan conocido y tan infortunado, y fué hecho entónces prisionero." Es de notar que estas inauditas crueldades se cometieron por gefes de las fuerzas del famoso Duque de Dalmacia, el mariscal Soult. Habiendo llegado Napoleon á Valladolid escribe á su hermano José, diciéndole. "He hecho prender aquí doce de los mas bribones, y los he mandado ahorcar." En la misma poblacion se le denunció que un soldado frances fué asesinado por un criado de los frailes Dominicos de San Pablo; y refugiado entre los mismos en el convento dió el siguiente decreto:

"Cuartel general de Valladolid.

"NAPOLEON emperador de los franceses:

"Considerando que un soldado del ejército frances ha sido asesinado en el convento de dominicos de Valladolid; que el asesino que era un criado del convento, ha sido cobijado por los frailes, hemos ordenado y ordenamos lo siguiente:

Art. 1º Los frailes del convento de San Pablo, dominicanos de Valladolid, serán arrestados, y lo estarán hasta que sea entregado el asesino del soldado frances.

Art. 2º Dicho convento será suprimido, y sus bienes confiscados y aplicados á las necesidades del ejército, y á indemnizar á quien corresponda."

El mismo historiador, refiriendo la toma de Uclés por el mariscal Victor, dice:

"Pero lo mas calamitoso y lamentable no fué la derrota que sufrimos; lo deplorable, lo horrible de aquel dia fueron las crueldades inauditas, los actos de barbarie cometidos por los franceses en Uclés. Lo de menos fué el pillaje, y aun los tormentos empleados en los vecinos para que descubriesen donde tenían las alhajas: aun no fué tampoco lo mas atroz el aparejarlos como á bestias, y cargar sobre ellos los enseres y hacerlos conducir á las alturas para hacer hoguera de ellos; lo mas cruel parecia haber sido el acto de degollar á sesenta y nueve personas que atrailladas condujeron á la carnicería: vecinos ilustres, clérigos, monjas, sino tuviéramos que añadir, ¡estremece el pensarlo, cuanto mas el estamparlo! el haber abusado torpemente de mas de trescientas mujeres que acorraladas tenían, sordos é insensibles á sus ayes y clamores." El mismo tomo pág. 96.

No me puedo resistir al deseo de insertar íntegra la narracion del asalto y rendicion de Zaragoza, porque hechos de esta naturaleza deben consignarse en todas las historias, como monumentos de un heroismo, abnegacion y patriotismo extraordinarios.

"El 26 de Enero dió Lannes á todo el ejército la órden de asaltar la ciudad por las tres brechas practicables, una frente á San José, otra cerca de un molino de aceite; y la del centro por la parte de Santa Engracia. El tañido de la campana de la Torre Nueva avisó á los zaragozanos del peligro que corrian, y todos se lanzaron precipitadamente á las brechas. En todas se empuñó un fuego horrible de balas, de granadas y metralla, se hacian minas, reventaban hornillos, se daban combates personales encarnizados, se avanzaba y retrocedia, disputándose con la muerte y por pulgadas el terreno. El enemigo llegó á apoderarse del convento de las Delcazas y del de Capuchinos, en el cual entraron otra vez los nuestros, faltando poco para recobrarle, y habríanlo hecho

sin el refuerzo que llevó á los contrarios el general Marlot, que los rechazó á la bayoneta. Una parte de nuestra artillería fué tomada, pero desde las casas contiguas eran los enemigos acibillados. Sobre seiscientos españoles murieron en este ataque; ochocientos hombres tuvieron fuera de combate los franceses, entre ellos muchos oficiales de ingenieros; nosotros tambien perdimos, con llanto de todo el ejército, al valiente, entendido y experimentado comandante de ingenieros San Genis, que tan importantes servicios habia prestado. Lannes tuvo que prohibir á sus oficiales avanzar á pecho descubierta, y para economizar sangre les mandó que solo hiciesen uso de la zapa y la mina para ir volando edificios. Oigamos como se expresaba este insigne mariscal en su despacho del 28 al Emperador. "Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de la plaza. He visto á las mujeres dejarse matar delante de la brecha . . . "Y despues: "El sitio de Zaragoza en nada se parece á nuestras anteriores guerras. Para tomar las casas nos hemos visto precisados á hacer uso del asalto ó de la mina. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento de que no es fácil formarse idea. En una palabra, señor, esta es una guerra que horroriza. La ciudad arde en estos momentos por cuatro puntos distintos y llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar á sus defensores. Al presente trato de apoderarme del arrabal, que es un punto importantísimo . . . etc." Decíase esto último despues de haber enviado un parlamentario que trajo por respuesta estar resuelto á defender hasta la última tapia; despues de haber dado mortíferos é inútiles combates para tomar los conventos de San Agustín y Santa Mónica; despues de haberse disputado la posesion de una manzana de casas contigua á Santa Engracia, no solo casa por casa sino piso por piso, y habitacion por habitacion. Cuando se lograba en ellas, dice un historiador frances, ora por las aberturas que habian practicado los españoles, ora por las que hacian nuestras tropas, lanzábanse sobre ellos á la bayoneta . . . Pero frecuentemente solian dejar tras sí, ó en los desvanes algunos tenaces enemigos . . . y nuestros soldados tenían bajo sus piés ó sobre su cabeza combatientes que disparaban á través de los pisos . . . A veces solian poner sacos de pólvora en las casas, cuyo primer piso habian conquistado